



"EX OVO OMNIA"

POR ARTURO CONAN DOYLE

Traducción de "Caras y Caretas" de Buenos Aires

Cuando te alejaste de Bretaña con tu legión, mi querido Crassus, te prometí escribirte de tiempo en tiempo, toda vez que se presentara la oportunidad de que saliese un mensajero para Roma, enviándote informes de cualquier cosa interesante que ocurriera en este país. Por lo que a mí respecta, me alegro mucho de haber quedado aquí cuando se fueron las tropas y tantos compatriotas nuestros, porque, aunque la vida es ruda y el clima infernal, debido á los tres viajes que he realizado al Báltico en busca de ámbar y los precios excelentes que por él he conseguido aquí, pronto me encontraré en situación de retirarme, para pasar la vejez á la sombra de mi propia higuera y hasta de formar una quinta en Baia ó en Pozzuoli, donde me sea dado tomar baños de so' después de las continuas nieblas de esta isla endiablada. Ya me imagino en mi pequeña granja, leyendo las Geórgicas como preparativo; pero cuando oigo caer la lluvia y bramar el viento, reconozco que la Italia está muy lejos.

En mi carta anterior te daba cuenta de cómo iban los asuntos en esta tierra. Las pobres gentes que habían abandonado todas las prácticas militares durante los siglos que las hemos protegido, se encuentran ahora completamente indefensas en presencia de estos Pictos y Escoceses, bárbaros tatuados del Norte que recorren todo el país, y hacen cuanto se les da la santísima gana. Mientras se mantuvieron en el Norte, las gentes del Sur, que son las más numerosas y también las más civilizadas de las británicas, no se preocuparon de ellos; pero ahora esos bribones han llegado hasta Londres, y los indolentes de esta porción del país han tenido que despertar. Vortigern, el rey, para nada sirve sino para ocuparse de beber y de las mujeres, así es que ha enviado al Báltico llamando á algunos de los germanos del Norte, con la esperanza de que vengan á prestarle ayuda. Malo es tener un oso en tu casa; pero se me ocurre que la situación no se mejora si le agregas una bandada de lobos feroces. Sin embargo, á falta de mejor recurso, se hizo la invitación, que fué aceptada en el acto. Y ahora es que se presenta en escena tu humilde amigo. En el transcurso de mis viajes en busca de ámbar, aprendí el idioma sajón, y por ésto fui enviado á toda prisa á la costa de Kent para que me encontrara allí cuando llegasen nuestros nuevos aliados. Llegué el mismo día en que se avistó el primer barco, y deseo ponerte al corriente de lo que me pasó.

Para mí es perfectamente claro que el desembarcar de estos guerreros germanos en Inglaterra llegará á ser un acontecimiento de importancia histórica, así es que tu espíritu curioso no se ha de fastidiar si me ocupo del asunto con cierta prolijidad.

Era, pues, el primer día de Mercurio después de la bendita ascensión de Nuestro Señor, cuando me encontré en la ribera Sur del río Támesis, en el punto en que se abre formando un amplio estuario. Hay allí una isla llamada Thanet, que era el sitio elegido para el desembarcar de nuestros visitantes. La verdad es que no bien llegó, se presentaba un gran barco rojo, al parecer el primero de tres,

que entraba á toda vela. El caballo blanco, que es la enseña de estos piratas, colgaba del tope del palo mayor, y la nave parecía llena de gente. Brillaba intensamente el sol, y el gran barco escarlata, con velamen blanco de nieve y una fila de escudos lustrosos suspendidos de su flanco, presentaba un cuadro, sobre aquella extensión azul, digno de verse.

En el acto avancé en un bote, porque se había dispuesto que ninguno de los sajones desembarcara hasta que viniera el rey á hablar con sus jefes. Un momento después me encontraba al costado del buque, el cual tenía un dragón dorado en la proa y una fila de remos á cada lado. Al dirigir la vista hacia arriba vi una serie de cabezas con yelmo que me miraban, y entre ellas distinguí, con gran sorpresa y placer, la de Eric el Moreno, con quien todos los años realizo negocios en Venta. Me saludó cordialmente cuando subí á la cubierta, y en el acto se convirtió en mi guía, amigo y consejero. Tal circunstancia me sirvió de grande ayuda entre estos bárbaros, porque está en su naturaleza el ser muy fríos y reservados, á no ser que uno de los suyos responda por el recién venido, después de lo cual son muy cordiales y hospitalarios. Por más que se empeñen, sin embargo, encuentran duro el tener que evitar cierto aire de condescendencia, y, entre los de clase más baja, de disgusto cuando se ven obligados á tratar con un extranjero.

Fué una gran suerte el encontrar á Eric, porque pudo darme algunas ideas respecto del estado de los asuntos antes de ser presentado á Kenna, comandante de aquel barco. La tripulación, según me dijo, se componía enteramente de tres tribus ó familias: las de Kenna, de Lanc y de Hasta. Cada una de estas tribus forma su nombre agregando las letras "ing" al nombre del jefe, así es que la gente de á bordo, según se denominaba, estaba constituida por los Kennings, los Lancings y los Hastings. Había observado en el Báltico que los nombres de las aldeas eran los de las familias que las habitaban exclusivamente, así es que no abrigo duda de que, si estos individuos desembarcar, veremos agrupaciones con nombres como éstos surgir entre los pueblos británicos.

Los hombres, en su mayor parte, eran tipos vigorosos, de cabello rubio, rojo ó castaño, predominando éste. Con gran sorpresa vi entre ellos algunas mujeres. Respondiendo á una pregunta mía, me dijo Eric que siempre llevan á sus mujeres lo más lejos que pueden, y que en vez de ser para ellos un estorbo como lo serían nuestras damas romanas, encontraban en ellas ayuda y consejo.

Claro está que luego me vino á la memoria que nuestro excelente y verídico Tácito ha hecho notar este rasgo característico de los germanos. En las tribus, todas las leyes se fundan en el voto, el que todavía no se ha concedido á las mujeres, pero muchos se muestran favorables en tal sentido, y se piensa que el hombre y la mujer pronto tendrán el mismo poder en el Estado, aunque muchas de las mismas mujeres se oponen á semejante innovación.

Hice notar á Eric que era una suerte que hubiese varias mujeres á bordo, como que así se harían compañas; pero contestó que las mujeres de los jefes no mostraban ningún deseo de tener relaciones con las de los oficiales inferiores, y

que tanto unas como otras desdeñaban á las mujeres más comunes, así es que toda idea de compañerismo estaba fuera de lugar. Al hablarme, señalaba á Editha, esposa de Kenna, mujer de cara roja, vejancosa, que se paseaba entre las demás, con la barba levantada, fijándose en ellas lo mismo que si no existieran.

Mientras conversaba con mi amigo Eric, estalló en la cubierta un alboroto repentino, y un número considerable de hombres abandonó sus trabajos y se amontonó en el sitio, con caras que ponían de manifiesto el profundo interés que despertaba en ellos el asunto. Eric y yo nos metimos entre ellos, porque me sentía ansioso por ver lo más que pudiera de los actos y costumbres de estos bárbaros. Había estallado una querrela respecto de un niño, un chichuelo de ojos azules y pelo rubio rizado, que parecía divertirse en grande con la batahola cuya causa era él. A su lado se encontraba un viejo de barba blanca, de aspecto muy majestuoso, significando por sus gestos que reclamaba al chichuelo como cosa propia, mientras que, en el onusto, estaba un individuo delgado, serio, ansioso, que protestaba enérgicamente que se lo habían quitado á él. Eric me comunicó al oído que el viejo era el Gran Sacerdote de la tribu, sacrificador oficial á su gran dios Odín, mientras que el otro era un hombre que tenía opiniones muy diversas, no respecto de Odín, sino de las formas en que deseaba ser adorado.

La mayoría de la tripulación opinaba como el viejo; pero cierto número que deseaba tener más libertad en su culto, é inventar sus propias oraciones en vez de estar repitiendo siempre las oficiales, se inclinaba al otro más joven. La discordia era demasiado profunda, demasiado vieja para ser curada entre los adultos; pero todos tenían grandes deseos de imponer á los niños sus opiniones privadas. Tal era el motivo por el que estos dos estaban tan furiosos el uno contra el otro, y la discusión había llegado á tal tono entre ambos, que los partidarios respectivos habían sacado á relucir sus cuchillos (SAXES, de donde deriva su nombre de saxones ó sajones), cuando un hombre corpulento, pelirrojo, atropelló á la muchedumbre, y, con voz de trueno, dió fin á la contienda.

—"Oídmeme bien, sacerdotes, que estáis acumulando argumentos sobre asuntos que nadie puede conocer, incomodáis más en este barco que todos los peligros del mar"—vociferó.—"No os basta con adorar á Odín, respecto del cual estamos todos de acuerdo, y no hacer tanto barullo sobre nimiedades é insignificancias respecto de las cuales podemos diferir? Si vuelve á repetirse este alboroto sobre la educación de los niños, entonces os prohibiré á los dos que les enseñéis, y ten-

drán que contentarse con lo que sus madres puedan enseñarles."

Los dos maestros enojados se retiraron con caras de vinagre; y Kenna—porque era él quien había hablado—ordenó que se tocara un pito y que se reuniera la tripulación. Me agradó el observar la actitud libre de estas gentes, porque aunque se trataba de su jefe principal, no ofrecían señales de ese respeto exagerado que los soldados de una legión manifestarían á su Pretor, sino que se acercaban á él con respetuosa igualdad, lo que demostraba cuánta altura reconocían á su propia virilidad.

Desde nuestro punto de vista romano, sus observaciones á su gente podían parecer muy destituidas de elocuencia, porque carecían de adornos y de metáforas, y sin embargo, eran cortas, enérgicas y oportunas. De cualquier modo, parecía seguro que se adaptaban á los oyentes. Comenzó por recordarnos que habían abandonado su propio país porque allí ya estaba toda la tierra tomada, y que no tenían para qué regresar, desde que no había sitio alguno en que pudiesen habitar como hombres libres é independientes. La isla de Bretaña contenía una población muy raleada, y se presentaba la oportunidad de que cada uno de ellos pudiese constituir un hogar propio.

—"Tú, Whitta"—dijo dirigiéndose á algunos de ellos por sus nombres—"encontrarás un Whit-ting-ham (I), y á tí, Bucka, te veremos en Buckingham, donde de tus hijos y los hijos de tus hijos te bendecirán por los extensos campos que tu valor haya conquistado para ellos."—No había ni una palabra de gloria ó de honor en su discurso; pero dijo que estaba seguro de que cumplirían con su deber, al oír lo cual todos golpearon sus escudos con las espadas, de modo que los británicos que estaban en la playa podían oírlos resonar. En ese momento me distinguí, preguntándome si era el mensajero de Vortigern, y al responderle que sí, me indicó lo siguiente á su camarote, donde Lanc y Hasta, los otros jefes, esperaban para formar el consejo.

Imagínate ahora, mi querido Crassus, que me estás viendo en un camarote de techo muy bajo, con estos gigantescos bárbaros sentados en torno mío. Vestían una especie de túnica de color azafraán, cubierta con cota de malla, y sus yelmos, con un cuerno de toro á cada lado, descansaban en la mesa que tenían al fren-

(I) Aquí no hay juego de palabras, sino algo intraducible. Ese hogar, el hogar en Inglaterra, se llama "home," en alemán "heim," "hame." Como acaba de verse, el jefe de la familia da nombre á ésta agregando "ing." Si aquél se llama "Bucka," surge el apellido "Bucking" y el hogar que éstos forman es "Buckingham." "Buckingham" y de aquí "Buckingham." La heráldica hará el resto. (Tr.)

